

ce hasta unos años después, cuando ya no era niño, aunque sí muy joven, y cuando comprendía que no me gustaban los toros.

Mi padre y todos sus amigos eran grandes aficionados y entusiastas admiradores de *Joselito*. Uno de estos amigos—creo que fué el Conde de Trespalacios—, se encargó de presentarme al torero, durante su estancia en Cáceres, en las ferias de Mayo de 1919. José Gómez Ortega, *Joselito* o *Gallito*, como también se le nombraba, por pertenecer a esta gran dinastía torera—no me causó en la intimidad ninguna impresión extraordinaria. Espigado, con gesto un poco melancólico, no se traslucía en privado su extraordinaria personalidad genial ante las reses. En un principio me pareció algo tímido, si bien es cierto que como había allí mucha gente, casi no le dejaban hablar. Con su sonrisa un poco triste, pagaba las alabanzas del coro de admiradores.

Alguien le dijo—muy de rigor en tales casos—que era el torero más grande de todos los tiempos. Se abrieron sus labios, para decir:

—Yo hago lo que puedo.

¿Qué suponía aquel comentario? ¿Aceptaba la afirmación? ¿Quería desviarla? Creo que ni lo uno ni lo otro: Expresaba, con sencillez, su pensamiento.

Uno de esos entrometidos e ignorantes, que nunca faltan, le preguntó la siguiente simpleza:

—¿Es muy difícil torear?

*Joselito*, con sonrisa irónica y tono de humor, le contestó:

—Facilísimo. Ya lo dijo un compañero famoso: el toreo es muy sencillo: coges el capote y llamas al bicho; que viene el toro, te quitas; que no te quitas tú, te quita el toro.

Reímos todos la conocida anécdota. Uno, en plan de halago, le dijo:

—A ti, José, no hay quien te quite de tu sitio. Ni te quitas tú, ni te quita el toro.

—Yo, por si acaso—comentó sonriente—, procuro quitarme; no me interesa que sea el toro el que me quite.

Sus comentarios, sencillos unos, con humor otros, suavizaron mi primera impresión sobre su timidez y produjeron en mí un buen efecto. El gran torero resultaba agradable y simpático.

Lo traté luego en Madrid dos o tres veces más. Y muy poco después, en la cumbre de su fama, como fino y ornamental jarrón talaverano roto bajo un cielo de azul Talavera, el nombre de *Joselito* pasó a la inmortalidad, inmortalizando una fecha: el 16 de Mayo.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Conde de Canilleros y de San Miguel

## LEXICO

### I

Hay que abrir las palabras en canal:

el puente,

la puente...

¿Lo mismo? No es lo mismo. ¡No es igual!

La puente

fué primero:

es aldeana, rusticidad.

El puente

fué postrero:

es civilizado y de ciudad.

### II

La puente:

Toscas piedras. Un ojo solo. Mansa corriente.

Lavanderas que lavan con afán.

Un ladrido, una yunta y el gañán.

Mozas garridas que pasan buscando en la fuente  
el amor.

Pasta un bucólico rebaño de ovejas.

Un pastor.

Muy pausadas

pasan cansinas las viejas

encorvadas

con su leña.

Rosicler. Sol. Mañana.

¡La puente es lugareña!  
¡La puente es aldeana!

## III

El puente:  
Cemento, hierro. Muchos ojos. Brío de río.  
Un automóvil pasa velozmente.  
Anuncia el tren un silbido estridente.  
Horrisona trepidación. Ronco murmurio  
de un camión.  
A uno y otro lado abundan hilos, cables.  
Emoción  
de progreso.  
Vértigos irrefrenables.  
(Se ha tragado  
polvo espeso).  
Ciencia más velocidad.  
¡El puente es civilizado!  
¡El puente, sí, es de ciudad!

## IV

Hay que abrir las palabras en canal.  
El puente,  
la puente...  
¿Lo mismo? No es lo mismo. ¡No es igual!

FERNANDO BRAVO Y BRAVO

La vida y el arte de

# ROELAS

Por ANGEL DOTOR  
Académico de Historia y Bellas Artes

**A**UNQUE ha venido siendo cuestión bastante debatida, no están aún lo necesariamente sentados—, y, sobre todo, popularizados— el verdadero sentido y el cabal alcance de la influencia que en la Pintura española ejercieron los países extranjeros, principalmente aquellos que, como Flandes e Italia, ostentaban el tirso de la creación estética en las postrimerías del Medioevo y comienzos del Renacimiento.

Fué cosa corriente mirar tan vasto y trascendente problema con criterio un tanto cerrado, en el que tuvieron su motivación encontradas tendencias, a veces difíciles de armonizar, cuando se consideraba, de un lado, indudablemente subordinado el arte patrio, al menos en determinados aspectos, a normas foráneas, y de otro, y por contraste, el poder de absorción que ejerció aquel «encanto de la naturaleza española y del carácter de los españoles», en muchos de los artistas aquí venidos, los cuales, si en un principio nos transmitieron las esencias estéticas de su patria, evolucionaron pronta y radicalmente, españolizándose por completo.

Los grandes progresos de la investigación erudita contemporánea, que tanto han hecho varíen los elementos que sirvieron para trazar la biografía de numerosos pintores e historiar su labor, así como el examen directo de ésta, dejan sentir sus efectos, de consuno, y permiten la reelaboración de sustanciales páginas en aspecto tan cardinal de la cultura como es el desarrollo de dicho arte. Por ello es de desear—y de esperar—que se acometa esa perentoria tarea expositiva, a la vez de reafirmación crítica y de posibilitación didáctica, unificando el copioso acervo rectificador de referencia.

Como en el caso que más, el estudio de la figura cimera de Juan de Ruelas, llamado de las Roelas, pone de manifiesto ante nosotros no sólo tratarse de una relevante personalidad en ese orden impulsor de nuevas normas traídas de Italia, que él supo armonizar con las indeclinables peculiaridades vernáculas—constituyendo el verdadero fundador de la escuela sevillana de pintura, principal entre las que florecieron en Andalucía, la cual sigue cronológicamente a la valenciana—, sino la importancia de los datos de su vida y espec-